

LOS ÁNGELES DE ADRIANA

Por
RUTH GORING

Ilustrado por
ERIKA MEZA





Cuando Adriana bosteza y se estira
frente a la ventana, los ángeles piensan
que se parece a su gata Violeta Parra.



Adriana ni cuenta se dio de la caída.
Siguió caminando como si nada.
Los ángeles habían tenido éxito.



Un día, el padre de Adriana recibió una llamada que borró su sonrisa habitual. Después de colgar, habló en voz muy baja con la madre de Adriana. Entraron a la biblioteca de la casa y cerraron la puerta tras ellos. La casa se puso muy callada.





Cuando la gente hablaba, les salían
sonidos raros de la boca. Su
mamá le explicó que era
inglés, un idioma
diferente.



Adriana entró a estudiar en una escuela,
y ya se ha acostumbrado a hablar inglés.



Pero a veces sus compañeras de clase le dicen palabras puntiagudas. –¿Por qué te la pasas leyendo? –se quejan.– Qué aburrida eres.

–Además esos colores de ropa no combinan.





Los ángeles tararean una cancioncita celestial,
y en sus sueños Adriana ve una niña de pelo
oscuro y rizado, envuelta y meciéndose en la
grandiosa y cálida mano de Dios.